

Homilías Sagrada Familia

+ Lectura del santo Evangelio según San Mateo

Cuando se marcharon los Magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: - Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

José se levantó, cogió al niño y a su madre de noche; se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes; así se cumplió lo que dijo el Señor por el profeta: “Llamé a mi hijo para que saliera de Egipto”.

Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo: - Levántate, coge al niño y a su madre y vuélvete a Israel; ya han muerto los que atentaban contra la vida del niño.

Se levantó, cogió al niño y a su madre y volvió a Israel. Pero al enterarse de que Arquéalo reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá. Y avisado en sueños, se retiró a Galilea y se estableció en un pueblo llamado Nazaret. Así se cumplió lo que dijeron los profetas, que se llamaría Nazareno.

Palabra del Señor

Homilías:

(A)

¿Está en crisis la familia clásica, tradicional?. Unos responden afirmativamente, otros lo niegan. Sí es cierto que se ha abierto ante nosotros un panorama muy variado de distintos tipos de familia. Es lógico que, si las fiestas navideñas giran en torno al niño-Dios, nos preguntemos por sus padres, por su familia. Sorprendentemente los evangelios apenas dedican unas pocas

líneas a la vida familiar de Jesús, a pesar de que vino al mundo para salvarlo y pasó más del 90% de su existencia en el seno de una familia trabajadora. Porque Dios no escogió como padres de Jesús a unos expertos en psicología, sino a una sencilla pareja.

No idealicemos, ni endulcemos, ni mitifiquemos, como si fuera un paraíso, a la familia de Nazaret, llamada sagrada familia y compuesta por María, por José y por Jesús. Tuvo problemas. El texto litúrgico de hoy nos presenta uno y grave: **la huida a Egipto**. Fue una familia emigrante zarandeada por dificultades: de Belén a Egipto, de Egipto a Nazaret. El portal de Belén y la casa de Nazaret no nos dicen exactamente cómo tienen que ser nuestras familias. Aquello sucedió hace dos mil años y hoy las circunstancias han cambiado profundamente.

Os podría abrumar con datos, encuestas y testimonios, pues la transformación experimentada en nuestras familias ha sido brutal. Actualmente contemplamos un cuadro impensable hace veinte años: parejas de hecho, parejas homosexuales, hogares monoparentales, niños (nada menos que el 22 por ciento) que nacen fuera del matrimonio. Pero no renuncio a recordar algunos fenómenos, como el divorcio, la inmigración y la incorporación de la mujer al mercado del trabajo, que han revolucionado la realidad familiar. En España cada tres minutos y medio se rompe un matrimonio. No podemos cerrar los ojos ante la violencia doméstica. Los abortos, como se ha visto recientemente en clínicas de Madrid y Barcelona, no son fantasía. Y el aborto como el divorcio, aunque éste sea muchas veces de mutuo acuerdo, no dejan de ser unos fracasos.

Si la familia está en crisis, no se entiende bien que sea la institución más valorada. Se escucha frecuentemente que “como en casa en ninguna parte”, si bien tampoco sorprende oír que los defensores de la familia son unos retrógrados. Ocurre que la sociedad nos margina cuando dejamos de ser útiles, rentables; en la familia, en cambio, se nos quiere, se nos acepta, se nos valora, no por lo que tenemos o hacemos, sino por lo que somos. Nadie ha hecho más y está haciendo más por los enfermos, por los ancianos, por los drogadictos, por los parados que la familia.

El evangelio no nos explica con detalle cómo tienen que ser nuestras familias. Pero nos da unas pistas, unos valores, que toda familia debe reunir. Porque la familia no es un saco donde todo cabe. Es indudable que la familia clásica, tradicional, -la que más conocemos nosotros- posee un historial de éxitos, de méritos. Como confesó un día el Papa, Juan XXIII, a sus padres, unos sencillos campesinos: *“las cosas que aprendí de vosotros son más preciosas -las más preciosas- e importantes que poseo y las que sostienen y dan vida y valor a las otras que aprendí después por otras fuentes”*.

Intuimos que la familia necesita un apoyo oficial, público más eficaz, intuimos que en los hogares existe un vacío, ya que la mujer, que se ha ocupado casi en exclusividad de la educación de los hijos ha salido de la casa y el hombre todavía no ha entrado.

Intuimos que toda familia debe ser una escuela, un hogar y, si son creyentes, un templo. Escuela, es decir, un espacio para aprender a vivir y a convivir, a cómo reaccionar ante las distintas situaciones de la vida. Hogar, en cuanto lugar donde se quiere la gente, donde sus miembros se sienten acogidos y valorados; algo muy distinto a una pensión. Templo, ya que debe ser un escenario donde se aprenda a amar, a respetar y a cumplir la voluntad de Dios. Estas tres palabras, **escuela**, **templo** y **hogar**, nos dibujan con cierta claridad lo que deben ser nuestras familias. No existe un modelo definitivo. La familia evoluciona, hay que reconstruirla cada época, pero es necesario conservar lo esencial y eso lo encontraremos siempre en la estampa de la sagrada familia.

(B)

Con frecuencia entendemos la felicidad como un no tener problemas. Y una felicidad sin problemas es una felicidad no conquistada sino regalada. Y lo regalado sólo nos pertenece a medias. La felicidad es fruto del esfuerzo diario y de la lucha de cada día superando nuestras dificultades.

Un matrimonio que comenzó con problemas

Cuando se nos presenta a la Sagrada Familia, lo solemos de una manera bastante irreal. Como una familia donde todo era paz, belleza, felicidad. Más que como un río que corre, como un estanque remansado. Y la realidad es otra.

La Sagrada Familia comenzó por problemas internos. Un embarazo misterioso y unas dudas que estuvieron a punto de terminar con todo. No debemos mistificar las cosas. A José tuvo que costarle digerir el misterio de María. Debió aceptar la realidad sin entenderla. Porque la fe como la gracia no destruyen la naturaleza. Y lo que se le pedía humanamente no tenía sentido.

¿Fue la simple fe en las palabras del Ángel?

¿Fue luego el diálogo con María?

¿Cómo hacerle entender el misterio de la Anunciación?

¿Cómo hacerle entender lo que ella misma no entendía?

José no era un hombre sin sentimientos. Ni tampoco tan crédulo para negar la realidad que tenía antes sus ojos. Yo le calificaría a José como “el hombre bueno y de fe, pero un esposo en apuros”.

Una familia de emigrantes

Y luego, el nacimiento tampoco pudo iluminar demasiado su corazón. También debió cerrar los ojos “creer” y “fiarse” de la Palabra de Dios. Al fin se le había prometido que lo que venía en camino era “Hijo de Dios”, pero sus ojos veían un niño como otro cualquiera.

Y cuando todo comenzaba a normalizarse, otra vez la palabra de Dios: *“Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise”*. Y de noche, y sin ser vistos por nadie a emprender el camino desconocido de la huida y del desierto. Y a un país extraño.

Una familia de emigrantes sin más ajuar que lo que llevaban puesto.

Una familia desarraigada tratando de salvar al niño.

Una familia en tierra extranjera, sin casa, sin tierras, sin nada.

Una familia que tiene que comenzar a fojas cero.

La Sagrada Familia es maravillosa porque las personas que la constituyen son maravillosas. Pero una familia que vive el desarraigo de Nazaret a Belén, de Belén a Egipto y de Egipto a Nazaret. De seguro que el taller estaría en ruinas y los clientes ya se habrían pasado a otros carpinteros del pueblo.

Pero hay en ella dos elementos capaces de mantenerla viva y unida. La fe en Dios y el amor que los hace más fuertes que sus dificultades.

Tenemos problemas

Es la frase que hoy se expresa en la mayoría de las familias. Éramos felices, pero tenemos problemas. Ya no nos entendemos como antes. Todo ha cambiado. Mi marido ha perdido el trabajo. Yo no tampoco puedo trabajar. Tenemos hijos que educar y sacar adelante. Y los problemas terminan siendo como una neblina que oscurece el amor y la alegría y la felicidad del hogar y comenzamos a sentirnos incómodos el uno con el otro y la relación comienza a agrietarse.

Un esposo, acudió a uno de esos maestros espirituales diciéndole:

- Tengo muchos problemas con mi esposa. No la entiendo.
- Vete. Y durante un mes no digas nada. Solamente escucha lo que ella dice.

Al cabo de un mes regresó diciendo que ya había cumplido con lo mandado.

- Ahora vuelve a casa y durante otro mes escucha lo que no habla. Terminado el mes fueron los dos. Maestro ahora nos comprendemos.

La familia hoy tiene problemas internos a la pareja misma. Pueden ser problemas de real infidelidad, y no precisamente obra del Espíritu Santo. Pueden ser problemas de incomunicación. Problemas de no escucharse. De no saber dialogar sus dificultades. Problemas de falta de crecimiento.

Pero también problemas externos. La falta de trabajo que obliga a uno de ellos o a los dos a emigrar a otro país. El ambiente que les

rodea. La falta de una casa digna. La falta de agua y desagüe. La falta de luz. O simplemente el querer mantener un estándar de vida que ya no se puede sostener económicamente y hay que renunciar a muchas satisfacciones y comodidades.

El problema de la familia no está en los problemas.
Sino en si tienen amor suficiente para ser más que sus problemas.
Si su amor es más grande que sus dificultades.
Si su amor es capaz de mantenerlos unidos a pesar de todo.
Si, en vez de convertir sus problemas en un muro que los divide, convierten sus problemas en un medio para unirse más y apoyarse más. “Amarnos en la alegría en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe”.

¿Nos amamos tanto que somos capaces de perdonar las debilidades del otro?

¿Nos amamos tanto que somos capaces de no vivir de recuerdos dolorosos?

¿Nos amamos tanto que somos capaces de tomarnos de la mano, para juntos buscar nuevos caminos?

¿Nos amamos tanto que somos capaces de mantener viva la esperanza cuando todo está oscuro?

Hay problemas que no podemos solucionar porque no depende de nosotros. Pero hay algo que sí depende de nosotros: amarnos, a pesar de todo

(C)

Hay realidades humanas bellas y gratificantes. Podríamos hablar de muchas: la amistad, el trabajo fecundo y creativo, la fiesta y la alegría, la esperanza... Pero, quizá la más hermosa es la familia, porque participa de todas esas gratificaciones.

La más hermosa y la más humana. Está llamada a ser laboratorio de personas, lugar privilegiado de crecimiento y formación,

ámbito de convivencia. No es extraño que hoy la familia sea la institución más cotizada.

Pero no la idealicemos. La familia no es el paraíso. Siempre hubo en ella crisis y tensiones. Y, por otra parte, muy distinta es la familia de hoy de la antes... Y tampoco podemos predecir cómo será la familia del siglo XXI.

Encontramos en nuestras familias diversos malestares preocupantes.

- La inestabilidad: ¡Son tantas las parejas que se juntan y se separan con asombrosa facilidad! Sí, hoy todo es inestable...
Cuando el otro no me gratifica, ¿por qué tengo que seguir soportándole? Este es un principio muy de nuestros días, que atenta contra un principio fundamental de la familia, que se define como comunidad estable de vida y de amor.
- Inseguridad: Los valores están cambiando. Las necesidades están creciendo. Las exigencias son cada vez más fuertes. ¿Qué hacer para no estresarse? ¿Habrá que tener un psicólogo en la familia como antes se tenía un confesor?
Difícil llegar a un acuerdo entre esposos, y más, entre padres e hijos..., sobre los ideales o sobre las normas de conducta. Por poner un ejemplo –cruz de los padres-: ¿a qué hora debe volver el hijo a casa? ¿qué pasa con las movidas?...
- Consumismo: Este monstruo, pone sus tentáculos con preferencia en el ámbito familiar, donde encuentra calor y clima para su desarrollo. Naturalmente que no tardarán en aparecer los monstruos consumistas. Y para alimentarles, los padres tienen que trabajar noche y día... No enumero todas las cosas que necesita comprar una familia de hoy para estar acomodada. Pongamos sólo un ejemplo con relación a los hijos: ¿Cuándo se les comprará la moto o qué marcas hay que comprar para que vaya bien vestido y bien calzado? ¿cuando saque sobresalientes y notables, o basta con que no suspenda más que dos?...
- Incomunicación: Nuestro ritmo de vida no facilita una buena comunicación, porque se vive muy de prisa, porque hay que trabajar y hacer muchas cosas, porque hay que divertirse mucho y ver la Tele...

Puede surgir por razones de trabajo: trabajan los padres, a veces en sitios distantes y se ven poco; trabajan los hijos, sobrecargados de estudios y actividades. Bueno es el trabajo para todos, pero que no se deteriore la necesaria comunicación. No es cuestión de cantidad de tiempo, sino de capacidad para aprovecharlo.

Puede surgir la incomunicación por falta de entendimiento, de comprensión y de paciencia. Y surgen las discusiones violentas, los insultos, los resentimientos, las distancias y separaciones íntimas. Y estas cosas se van almacenando porque falta la cultura del perdón y la reconciliación.

- La irreligiosidad: Hablando desde la fe, la pérdida del valor religioso es la más grave. Si falla esta base, la familia se tambaleará más fácilmente –como quien construye sobre arena- habrá familias ejemplares que no sean creyentes, las conocemos, pero siempre es difícil, triste y arriesgado instalarse en la finitud.
- Familiarismo: Pensar en la familia como refugio intimista. Hoy se cultiva mucho la intimidad, especialmente en la juventud, pero a costa del compromiso social. Está bien encontrar en la familia la paz que se necesita, la serenidad amenazada, el escudo ante las agresiones de fuera...

Però la familia no puede encerrarse en sí misma, porque le pasaría como al agua que no corre ni se renueva. No queremos charcas, sino torrentes. Una familia que se aísla de la sociedad no tardará en enfermar y envejecer.

A pesar de todo, la familia sigue siendo lo mejor de nuestro mundo. Habrá que defenderla y mejorarla. Muchas cosas tendrán que cambiar. Pero creemos en esas comunidades estables de vida y amor. Porque el hombre y la mujer están hechos para amar y para amarse, para crecer y para crear. Varían las formas, pero no la realidad. Siempre terminará venciendo el amor.

Nuestra confianza no es sólo humana, se apoya en un Dios que ha puesto en el hombre y la mujer, un dinamismo de apertura y comunión. Se apoya en un Dios que es misteriosa familia y que hizo al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza. Cuando el

hombre y la mujer se aman son más “imagen de Dios”, son un rostro vivo de Dios... son, si se quiere algo más divinos, están más cerca de Dios.

(D)

Casi siempre se considera que la infancia es la época más feliz de la vida. Al menos, eso es lo que los adultos imaginamos. Pero, ¿es realmente así?

Es cierto que el niño parece con frecuencia feliz por su gran capacidad de disfrutar de casi todo con asombro. Ese mundo de juegos y ensueño que lleva dentro, esa fantasía que envuelve su vida le permiten moverse, reaccionar, pasar rápidamente del llanto a la risa.

Pero son muchos los niños que sufren, precisamente porque los adultos no sabemos acercarnos a ellos y cuidar mejor su felicidad. Al niño se le mimas, se le manipula, se le golpea y se le besa. Se le obliga a comer y se le manda callar. No se le escucha; se le amenaza, se le intenta programar para que diga y haga lo que queremos los mayores. Frecuentemente, se le agobia con libros, estudios y deberes. Se le restringe el tiempo de juego y fantasía. Se ahoga su creatividad y se le impide comportarse como adulto. Y luego están los niños maltratados con el peor de los abandonos que es tenerlos cerca y no atenderlos y cuidarlos. Los niños que no reciben besos como premio, pero sí bofetones como castigo. Los que viven defendiéndose como pueden en medio de esa tragedia que es una pareja mal avenida. Los niños no amados, que son una carga para sus padres.

Y esos niños atropellados por las tremendas agresiones de los adultos. Y los niños que piden limosna por las calles, envueltos en roña y cubiertos de costras y sabañones. Niños mal alimentados. Con poca comida y menos cariño.

En la festividad de la Sagrada Familia en que recordamos a María y José defendiendo a su pequeño del atropello y la violencia, yo quiero rendir un homenaje a esos padres de paciencia casi infinita, que saben estar cerca de sus hijos. Padres que al llegar a su casa, dejan que sus hijos se les cuelguen del cuello. Madres que saben “perder tiempo” jugando con su niño. Esos hombres y mujeres a

los que apenas nadie valora, pero que son grandes porque saben respetar, cuidar y hacer felices a sus hijos.

Aunque no lo sepan, están contribuyendo a hacer un mundo más humano porque a un niño feliz siempre le será más fácil ser un día un hombre bueno.

(E)

Una estupenda narración autobiográfica de Norberto Alcocer (Jesuita), nos sirve hoy para reflexionar la importancia de los padres en la transmisión de los valores cristianos y de la fe...

Cuando era niño mi padre me preparaba para las celebraciones de Navidad y de Epifanía con una serie de inteligentes discursos sobre los pobres que nos rodeaban en aquella Palma de Mallorca de los años cincuenta. Solía tomar como punto de partida el ambiente que vivía yo mismo en las visitas dominicales a un barrio marginal como catequista: esos chicos, me decía muy serio, son iguales que tú, tienen los mismos derechos que tú, pero seguramente viven peor; no van a un colegio como el tuyo, y lo que es más serio, tampoco tendrán un futuro como el que espero que tengas tú.

Y me lo repetía varias veces a lo largo del mes de diciembre, sobre todo cuando los domingos iba toda la familia a misa: solía recordármelo en la acción de gracias tras la comunión, en voz bajita, que hacía la comunicación todavía más intensa.

Pero había algo más. Cuando faltaban pocos días para Navidad, primero me tomaba de la mano e íbamos a ver juguetes hasta que elegíamos el mejor, el que yo más deseaba, y más tarde, ya adolescente, me indicaba que eligiera yo mismo algo especialmente oportuno y bonito para el regalo que ya conocía. Se trataba de que el día de reyes, cuando la Epifanía del Niño Dios, íbamos mi padre y yo a recoger a uno de los niños o muchachos del barrio marginal en que desempeñaba las tareas catequéticas, lo montábamos en el coche con discreción para evitar humillaciones, y pasaba el día con nosotros, hasta que después de la comida le entregaba yo mismo el regalo que los reyes le habían dejado en casa.

Tanto mi hermana como yo nunca tuvimos un regalo de tanta calidad y tanto coste, nunca, porque formaba parte de la educación impartida por mi padre. El mejor regalo era para él. Merendábamos juntos en algún lugar de la ciudad, y al final del día lo acompañábamos a su casa, y mi padre se enteraba de las preocupaciones y necesidades de aquella familia. Todo el año estaba pendiente de ellas y procuraba encontrarles solución. Era, me decía, el compromiso adquirido con Dios en Navidad. Y yo lo comprendía perfectamente.

Un día, cuando trabajaba en la Universidad de San Salvador, la célebre UCA donde mataron a los jesuitas hace años, estaba contemplando sus tumbas en la capilla universitaria y de pronto, comprendí que si yo estaba allí dejándome la piel era porque años atrás, en Palma de Mallorca, antes de ingresar en la Compañía de Jesús y de conocer a Ellacuría, mucho antes de incorporarme a la Teología de la liberación y a la lucha contra la injusticia en el Tercer Mundo, un hombre, mi padre, me había enseñado lo que era la pobreza y cómo los pobres se merecían lo mejor de nosotros mismos.

Está claro que me lo enseñaba como era frecuente en los años cincuenta, puede que con cierto paternalismo social, puede que hasta con una falta última de conciencia política, pero con una limpieza de corazón y con una seriedad que nunca pude olvidar: si yo estaba allí, ante las tumbas, era porque previamente había tenido un padre como el mío.

El Tercer Mundo se aprende en este nuestro. Pero necesitamos pedagogos que nos muestren tanta gente necesitada a nuestro lado, para poder, un día, comprender todas esas necesidades lejanas y urgentes. Todo empezó con un juguete navideño. Y acabó lejos, donde dejé parte de mi alma.

Las lecciones que a veces damos a los hijos dan fruto más tarde... cuando uno ve las cosas con “otra luz”... Pero ahora es tiempo de siembra, ya vendrá un día la cosecha.

(F)

FRÁGIL

Cada vez parece más normal romper con la pareja, buscarse un nuevo amor y volver a empezar. Todo parece así más fácil y llevadero. Sin embargo, detrás de cada ruptura hay casi siempre no poco sufrimiento y frustración. Hay a veces humillación. ¿No es posible vivir en pareja de manera más estable? Lo primero, tal vez, es no confundir el amor con los sentimientos y el deseo erótico. Por lo general, la primera atracción del amor es muy intensa pero casi nunca se mantiene así. El deseo cambia y evoluciona. Quien identifica el amor con la atracción se dedica a enamorarse una y otra vez de alguien distinto. En cada comienzo disfruta. Luego, sufre y hace sufrir.

Es importante también recordar que, si no hay una decisión y compromiso por buscar el bien del otro, no hay todavía amor. Por eso, es un error avanzar en una relación de pareja de manera prematura, si no estamos dispuestos a hacer feliz al otro. En esto no hay que mentirse ni mentir. Cuántos sufrimientos se hubieran evitado si no se hubiera pronunciado nunca un «te amo», que no era verdad.

Tampoco hay que olvidar que «amar es fundamentalmente dar, no recibir». Por eso sólo el amor incondicional es duradero. Si cada uno vive buscando sólo lo que el otro le puede aportar, el futuro de la pareja está en peligro. Nunca la persona amada responde perfectamente a lo que deseáramos. El amor se consolida cuando uno es feliz haciéndole feliz al otro.

El mayor error es ignorar que amar significa respetar a la persona amada, no poseerla. Cuando no se respeta la manera de pensar, de sentir y de ser del otro, se está arruinando el amor. Sólo amando con respeto se le ayuda al otro a crecer y a dar lo mejor que hay en él. Por el contrario, cuando hay manipulación y utilización interesada, la pareja se está ya separando.

El amor de la pareja es una flor frágil. Lo ha sido siempre. Probablemente es la experiencia más sublime del ser humano, pero también la más exigente. Sencillamente, por que el amor consiste «en que dos soledades se protejan, se junten y se acojan mutuamente». El ideal no es separarse, sino llegar a «ser una sola carne». Lo decía Jesús. Sin esa base, no es posible la familia.

(G)

HIJO DE EMIGRANTES

De ordinario los cristianos imaginamos a María y José disfrutando en su casita de Nazaret de su hijo Jesús en un clima de paz y felicidad envidiables. No es ésta la imagen que nos ofrece el evangelista Mateo de la «sagrada familia». Su sombrío relato de los primeros años de Jesús rompe toda la «poesía» que nosotros le ponemos a la Navidad.

Según Mateo, la familia de Jesús no ha podido vivir tranquila. Herodes quiere acabar con el niño para que no le arrebatase un día su poder. José tiene que actuar con rapidez. El peligro es inminente. Coge al niño y a su madre «*de noche*», y, sin esperar un nuevo amanecer, «*huye a Egipto*».

La ruta es dura y peligrosa. María y José recuerdan las penalidades sufridas por su pueblo en aquel mismo desierto. Ahora las están reviviendo con su hijo Jesús. Los tres buscan asilo en un país extraño, lejos de su tierra y de los suyos. Todo es incertidumbre e inseguridad. No saben cuándo podrán volver. Ya se les avisará.

Muerto Herodes, la familia respira y emprende el viaje hacia su hogar. Pero en Judea «*reina Arquelao*» un hombre conocido, según Flavio Josefo, por su crueldad y tiranía. José «*siente miedo*». No es un lugar seguro para Jesús. Se desplazarán a Galilea y se establecerán en Nazaret, una aldea perdida entre montañas, que de momento parece un lugar menos peligroso. Así vive la «sagrada familia»: defendiendo a su hijo para que pueda sobrevivir, emigrando de un lugar a otro en busca de pan y trabajo, sin hogar seguro en medio de una tierra dominada por «*reyes*» poderosos como Herodes o Arquelao.

Ésta es la gran noticia de la Navidad. Dios no ha nacido para que los privilegiados de la tierra lo celebremos con cenas abundantes y regalos superfluos. Ha nacido para compartir nuestra vida, poniendo esperanza en quienes no pueden esperar gran cosa de nadie si no es de Dios.

Según el evangelio de Mateo, Dios se ha hecho hijo de emigrantes. Desde niño ha vivido amenazado, como tantos niños y niñas, amenazados hoy por el hambre, la miseria, las guerras y los abusos. El Dios de Belén es de ellos, antes que de nadie. Que nadie pretenda apropiarse de este Dios olvidando a sus hijos e hijas más pequeños.

P. Juan Jáuregui Castelo